

## V

**El anciano.**

Digamos lo que había pasado.

Enjolrás y sus amigos estaban en el boulevard Bourdón, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones dieron la carga.

Enjolrás, Courfeyrac y Combeferre eran del grupo que había seguido por la calle Bassompierre gritando: "¡A las barricadas!"

En la calle Ledisguieres habían encontrado á un anciano, que iba por allí, el cual les llamó la atención porque andaba haciendo eses como si estuviera bebido. Llevaba además el sombrero en la mano, á pesar de que había estado lloviendo toda la mañana, y aún seguía lloviendo bastante fuerte.

Courfeyrac reconoció en él al señor Mabeuf, á quien conocía por haber acompañado muchas veces á Mario á su casa.

Sabiendo las costumbres pacíficas y más que tímidas del antiguo "obrero" bibliófilo, y extrañando verle en medio de aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta, lloviendo, y andando entre las balas, se le había dirigido, y el buyanguero de veinticinco años tuvo con el octogenario este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos á casa.

—¿Por qué?

—Porque va á haber jaleo.

—Bueno.

—Sablazos y tiros, señor Mabeuf.

—Bueno.

—Y cañonazos.

—Bueno. ¿Y adónde vais vosotros?

—A derribar al gobierno.

—Está bien.

Y continuó andando con ellos sin volver á pronunciar otra palabra.

Su paso se había vuelto firme casi de repente; algunos obreros le habían ofrecido el brazo, y él había rehusado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, teniendo á la vez los movimientos de un hombre que anda y las apariencias del que duerme.

—¡Vaya un hombre templado!—murmuraban algunos estudiantes.

Corría entre el grupo el rumor de que era un antiguo convencional, un viejo regicida.

El grupo había tomado por la calle de Verrerie.

Gavrochillo iba delante cantando su marcha á grito herido, de suerte que venía á ser como el corneta.

Decía así:

Mira ya salió la luna,  
¿Cuándo nos vamos al bosque?  
Dice Carlos á Carlota.

Tú tú tú,

Por Chatú.

Sin más que un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Por beber, van de mañana,

Como tomillo y rocío,

Dos mirlos de chirigota

Sí sí sí,

Por Passy.

Sin más que un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Y á aquellos dos lobezuelos,

Embriagados como mirlos,

Decía un tigre chacota:

Don don don,

á Meudon.

Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Jura el uno y clama el otro,

¿Cuándo nos vamos al bosque?

Carlos pregunta á Carlota.

Tin tin tin,

Por Partin.

Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Dirigianse á San Merry.

## VI

**Reolutas.**

El grupo crecía á cada instante.

Hacia la calle de Billettes, un hombre de elevada estatura, entrecano, y en cuyo rostro rudo y atrevido se fijaron Courfeyrac, Enjolrás y Combeferre, pero á quien nadie conocía, se les unió.

Gavroche, distraído con su canción, sus silbidos y sus gritos, en abrir la marcha y golpear en las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no se fijó en el hombre.

Al pasar por la calle de la Verrerie, y al llegar á la puerta de la casa de Courfeyrac, dijo éste:

—Me alegro, porque me he olvidado la bolsa, y he perdido el sombrero.

Y separándose del grupo, subió los escalones de cuatro en cuatro, cogiendo un sombrero viejo y la bolsa. Tomó igualmente un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande, que estaba oculto entre la ropa sucia.

Al bajar la escalera le gritó la portera:

—¡Señor de Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamas?—contestó Courfeyrac.



La portera se quedó atónita.

—Ya lo sabeis; soy la portera, y me llamo la tía Veuvain.

—Pues bien; si seguís llamándome señor de Courfeyrac, yo os llamaré señora de Veuvain. Ahora, hablad: ¿qué hay? ¿qué ocurre?

—Ahí está uno que quiere hablaros.

—¿Quién es?

—No sé.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto.

—¡Ah, diablo!—prorrumpió Courfeyrac.

—¡Pero es que está esperando hace más de una hora vuestra vuelta,—añadió la portera.

Y al mismo tiempo, un muchacho en traje de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, vistiendo una blusa agujerada y un pantalón de pana remendado, que tenía más bien facha de una mozueta vestida de muchacho que de hombre, salió de la portería y dijo á Courfeyrac con una voz, que no era por cierto de mujer:

—El señor Mario. ¿Quereis hacerme el favor?...

—No está.

—¿Volverá esta noche?

—Lo ignoro.

Y Courfeyrac añadió:

—Lo que es yo no volveré.

El muchacho le miró fijamente, y le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Adónde vais?

—¿Qué te importa?

—¿Quereis que os lleve ese cofre?

—Voy á las barricadas.

—¿Quereis que os acampañe?

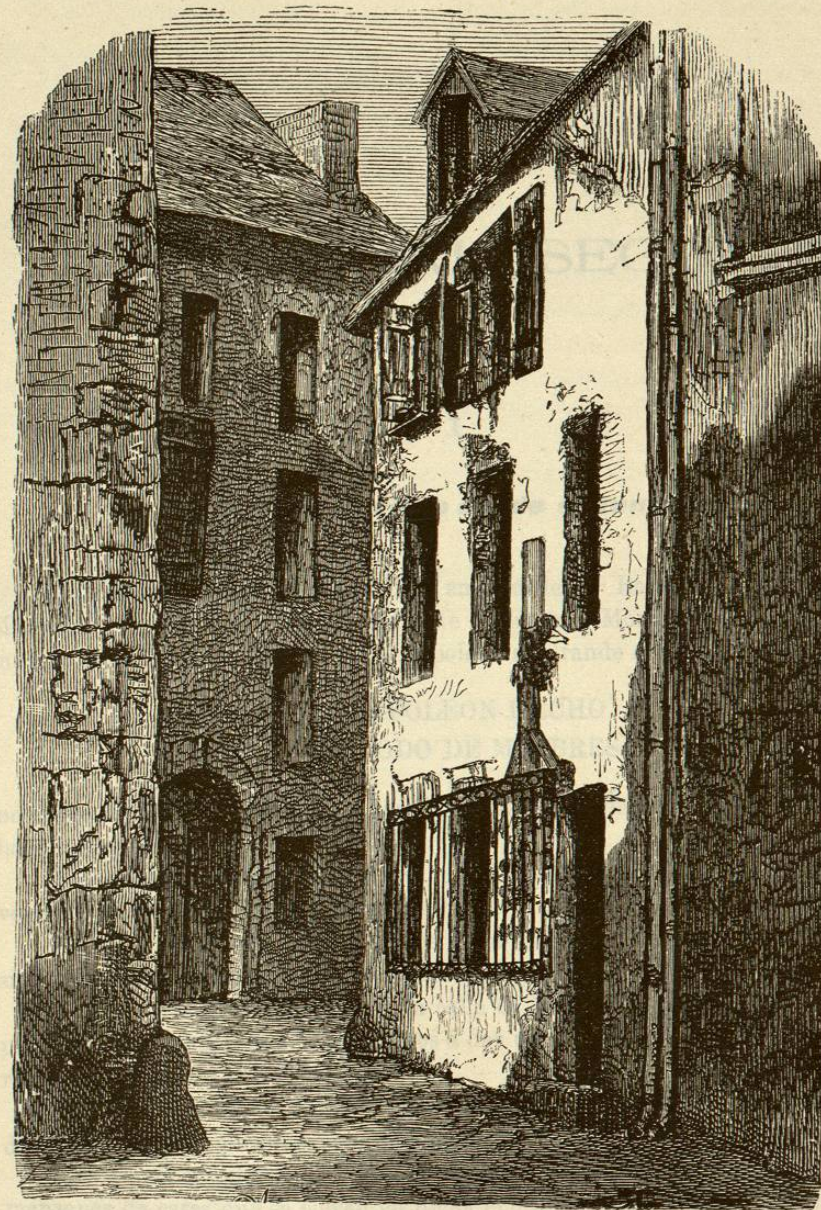
—¡Si quieres tú!...—respondió Courfeyrac.—La calle es libre; las piedras son de todos.

Y salió corriendo para reunirse otra vez con sus amigos.

Cuando los hubo alcanzado, dió el cofre para que le llevase á uno de ellos. Hasta pasado un cuarto de hora no advirtió que el muchacho les había ido siguiendo.

Una agrupación de aquel género no va precisamente adonde quiere. Ya hemos dicho que la lleva el viento.

Pasaron más allá de San Merry, encontrándose, sin saber cómo, en la calle de San Dionisio.



Corinto.